

Pasiones literarias del siglo pasado

Mateo Kyezitri

Yo soy de los que representan la vida de las personas como formas geométricas. Lo aprendí de **James Joyce**, que en un redondo cuento de su *Dublineses* decía que *la vida del señor McCoy no era la línea más corta entre dos puntos*. Como yo era bastante joven en aquel entonces, llamó mi atención aquella declaración tan tajante, aún cuando no fuese capaz de expresar su significado. Desde entonces, no veo más que personas cuya vida es una espiral, jóvenes que parecen tangentes a todo, escritores como círculos inscritos en su ego, mujeres como líneas perfectamente paralelas. Y círculos cerrados e irregulares, de los que siempre terminan donde empiezan, y viceversa; como si la vida se redujese a la condena a Sísifo que narró **Albert Camus** en *El mito de Sísifo*.

Mi amigo Ernesto, llamado así en honor a la novela de **Oscar Wilde** *La importancia de llamarse Ernesto*, pertenecía a este último grupo. Se desenvolvía soportando sobre sus hombros resignados la roca de un amor no correspondido contra el que chocaba una y otra vez sin querer atender a razonamientos. Tozudo por naturaleza y enamorado desde las canas de su coronilla hasta las uñas de los pies, Ernesto convivía con su fracaso dignamente como otros aguantan el fardo de la hipoteca, la carga de una pareja poco comprensiva o el peso de una soledad absoluta como la que sufría Bernardo Soares en *El libro del desasosiego* de **Pessoa**. No se avergonzaba ante las reiterativas negativas de Marta, por contra estaba convencido que el gran montón de *noes* acumulado formaba parte del ansiado *sí*. Su amor no se circunscribía al álgebra de la razón por tratarse de una pasión desesperada como la descrita por **Sándor Márai**: *para una pasión, es completamente diferente lo que reciba de la otra persona: quiere mostrarse por completo, quiere hacer valer su voluntad, incluso aunque no reciba a cambio más que sentimientos tiernos, buenos modales, amistad y paciencia. Las grandes pasiones no tienen ninguna esperanza, porque en ese caso no serían pasiones, sino acuerdos, negocios razonables, comercio de insignificancias*. O quizá, como sospechaban sus compañeros de trabajo, era precisamente eso lo que pretendía: luchar con ahínco por una utopía que ya ni él mismo sabía si era real y mucho menos si era a lo que aspiraba. El fluir del tiempo y el lastre del fracaso no hacían mella en el testarudo Ernesto, más aún dilataban su energía vital más que la música de *jazz al perseguidor* de **Julio Cortázar**, ese personaje atormentado -*alter ego* de Charlie Parker- que tan sólo despojándose de sí mismo a un saxofón asido era capaz de burlar los designios de un lúgubre presente.

A las cinco en punto de la tarde, como cantó **García Lorca**, Ernesto llegaba a su piso después del trabajo y hojeaba el periódico del día anterior que le daba el camarero de su cafetería habitual; como buen amante de la literatura, se detenía con gran interés en los artículos literarios. De hecho, poseía una biblioteca que poco tenía que envidiar a la *biblioteca de Babel* de **Jorge Luis Borges**, con volúmenes que abarcaban desde la poesía de **Pablo Neruda** a la prosa bastarda de **Henry Miller** pasando por las contradicciones de **William Faulkner**. Cuando el hambre lo requería, pausaba su lectura y preparaba la cena mientras escuchaba el telediario. Recordaba cuánto tiempo llevaba sin invitar a Marta y, si estimaba que habían pasado suficientes días (no tantos entre invitaciones como aguardaron a Dios los personajes de *Esperando a Godot* de **Samuel Beckett**), la llamaba por teléfono. Marta entonces debía decidir si disfrutar de la agradable compañía y de las contrastadas dotes culinarias de su amigo Ernesto o si inventar una excusa porque, aun considerando a Ernesto un buen amigo, conocía sus vanas ilusiones y no quería hacerle sufrir. Se encontraba en una situación de tira y afloja tan delicada como la narrada por **Hemingway** en *El viejo y el mar*, que tan sólo gracias a su

instinto femenino era capaz de sostener: intentar conservar una preciada amistad fraguada a lo largo del tiempo sin perder la confianza del amigo que quiere algo más y, al sentirse frustrado en su anhelo, trunca la intimidad entre ambos. Le preocupaba perder un amigo porque, como ya adelantase **Antoine Saint-Exupéry** en *El Principito*, no existen almacenes de amigos donde reponerlos.

Aquella noche Marta aceptó la invitación con inusual desparpajo, quizá porque llevaba una semana de trabajo duro y necesitaba un descanso. Cuando avisó a su compañera de piso que salía para cenar en casa de Ernesto, ésta no pudo sino recordar la *Crónica de una muerte anunciada* de **García Márquez**: todo el mundo sabía lo que iba a pasar antes incluso que el propio implicado. Durante la cena, el vino sustituyó como estimulante de la memoria a la magdalena de **Marcel Proust** y ambos rememoraron con melancolía el viaje de fin de carrera a Estambul con los compañeros de universidad. Con la paciencia y la tranquilidad del Siddhartha de **Hermann Hesse**, el vino fue invadiendo el auto-control de Marta, la cual dejó ver su cara más risueña y su carácter más abierto. Cuando, como otra cena de entre tantas, Ernesto se le insinuó, ella no giró sutilmente la cabeza para esquivar el beso sino todo lo contrario: lo apretó contra sus pechos ante la extrañeza de Ernesto. Ebria de sensaciones y alcohol, besó desesperadamente a Ernesto como queriendo desahogarse de una represión a duras penas contenida e, instantes después, se desnudó con delicadeza igual que un cuento de **Borges** se despoja de sus adjetivos. Y Ernesto, tan sorprendido como los padres de Gregorio Samsa en *La metamorfosis* de **Kafka**, poco pudo hacer en contra de su naturaleza y sus obsesiones y se cebó en la dulce fruta del árbol del paraíso. Baste decir que la noche se alargó.

La mañana siguiente, mi amigo Ernesto se levantó temprano y preparó café. Cuando Marta despertó, acudió al baño a desenmarañar sobre la taza del váter el enredo de pensamientos y reflexiones que la atormentaban. No vio a Ernesto. Fue a la cocina atraída por el destello de olor a café que percibió, un café aromático que le recordaba a Trieste y por ende a **Italo Svevo**; qué raro, pensó, la cafetera está todavía templada pero no queda ni una sola gota de café. ¿No le sentará mal tanta cafeína a Ernesto por la mañanas? Marta volvió a la habitación, se vistió y disimuló el desorden de las sábanas, esas *evidencias casi obscenas de nuestros encuentros con la nada, pruebas de que cada noche dejamos de ser* que dijo **Marguerite Yourcenar**. Cuando estaba abriendo la puerta de la entrada para irse, pensó que quizá Ernesto la había dejado descansar sola y se había mudado en mitad de la noche a la otra habitación del piso. Cuando abrió la puerta del cuarto, un escalofrío helado le recorrió la espalda y sintió cómo se le secaba la boca instantáneamente. No pudo gritar de puro pavor; le flaquearon las fuerzas y sus piernas cedieron. Cayó arrodillada pero agarrada al pomo de la puerta mirando muy fijamente el inerte cuerpo de su amigo y amante durante pocas horas, que yacía en posición fetal junto a una caja de tranquilizantes vacía.

Y mi amigo Ernesto, tan aficionado a leer a los escritores del siglo XX, resultó ser un anacrónico quijote ávido de pasiones por las que luchaba a muerte con tesón y la certeza de ampliar el espectro de las emociones diarias de su vida gracias a la lucha mucho antes que a la consecución. Su gran pasión había sido finalmente dominada y, por tanto, frustrada: su princesa había descendido a ras de suelo y ya no podía ser la Dulcinea de las noches en soledad. Se sintió como el hipotético día en que a Sísifo le hubiesen quitado su pedrusco, que viene a ser el día en que no toca ir a la oficina o el día en el que su círculo vital encuentra una vía de escape. Hacia la nada.